

Prólogo

Siempre comenzaba con un sonido de pasos, suaves y deslizantes, por las escaleras; pasos de pies descalzos con los calcetines bien zurcidos, que se alternaban con firmeza, uno tras otro. Él no era de los que llevan zapatillas. Al escucharlo, yo me imaginaba la escena: únicamente sus pies, subiendo por la estrecha moqueta color beige de bordes rojos, la más barata que podía encontrarse, deshilachada en el centro y fijada a la escalera con unas varas triangulares barnizadas que encajaban en unos soportes de bronce que había a los lados. Lo veía todo con gran claridad, hasta el último detalle.

Incluso aquellas noches en las que no se escuchaban los pasos, yo no me dormía antes de que mamá volviera del trabajo a las diez en punto. Entonces me sentía relativamente a salvo, aunque no del todo. Mamá nunca pudo ofrecer demasiada protección. Pero incluso él tenía que haberse dado cuenta de que los gritos de una niña en mitad de la noche podrían alertar a alguien; a un vecino o a un transeúnte.

Todavía sueño con ello con frecuencia, siempre los pasos, nunca la violencia, el terror que se avecinaba. Porque en mis sueños yo no estoy allí cuando él entra en la habitación. Mi cama está vacía. Y, sin embargo, puedo verlo como si un yo invisible estuviera presente: la alta figura de mi padre, con una expresión en su atractivo y oscuro rostro y en sus ojos negros que nunca pude descifrar. ¿Era emoción? ¿Anticipación? Bajo el resplandor de la sensación predominante, fuera la que fuera, yo percibía algo más, algo misterioso, triste, como si en lo más profundo de su ser lamentase lo que estaba

a punto de hacer. Pero no podía evitarlo. La emoción, la anticipación, lo apresaban como una droga, aplastando cualquier otro sentimiento más bondadoso que pudiera haber tenido.

En mi sueño, yo observaba cómo se desabrochaba lentamente el cinturón con un ligero chasquido. Oía cómo el cuero se deslizaba levemente por las presillas del pantalón hasta que quedaba colgando de su mano como una serpiente.

Entonces él alargaba la mano para sacarme de la cama, pero aquello era un sueño, *¡y yo no estaba allí!*

Normalmente, en aquel momento me despertaba empapada en sudor, con mi corazón latiendo violentamente, todavía triunfal, pero al mismo tiempo algo asqueado.

¡Había escapado!

Otras veces, en cambio, el sueño continuaba, al igual que había continuado la vida en los tiempos en que el sueño no era un sueño, sino la realidad.

Yo sabía que, al volver del pub, siempre borracho, él empezaría a husmear por todas partes en el piso de abajo, entre la ropa sucia, entre los juguetes, en busca de alguna excusa que acabase en paliza. Le gustaba tener una excusa. Al final, encontraba la marca de un rotulador en un mantel que mamá no había tenido tiempo de lavar, un resto de pintura en un vestido del colegio, el brazo de una muñeca o juguetes que no había guardado como era debido. Cualquier cosa podía servir como preludio a los pasos deslizantes por la escalera.

Había otras noches, las mejores, en las que se quedaba dormido en la silla –según mamá, trabajaba muy duro– o viendo la televisión. Al recordar aquello, después de que el tiempo haya mermado un poco mis recuerdos, es posible que esto sucediera más a menudo de lo que yo pensaba.

En el sueño más largo yo seguía sin estar allí, pero mi hermana pequeña sí estaba en la otra cama, y era ella la que soportaba las consecuencias de la ira de mi padre, o de su frustración, o de su emoción, o del desprecio que sentía por sí mismo, o de lo que fuera que le llevaba a pegar unas palizas brutales a su esposa y a sus hijas, de

manera que su oscura sombra pesaba sobre la casa incluso cuando no estaba.

Cuando despertaba no sentía ningún triunfo, sólo desolación y tristeza. ¿No terminarían nunca aquellos sueños? ¿Llegaría a olvidarlo alguna vez? Durante el resto de mi vida, ¿no dejaría de desear yo, Millie Cameron, ser invisible?

MILLIE

❧ 1 ❧

El sol se colaba bajo las cortinas, derramándose sobre el alféizar pulimentado como una espesa crema. La botella de vino que Trudy había pintado y me había regalado por Navidades brillaba como una llama resplandeciente.

¡Era domingo!

Me incorporé y estiré los brazos. Podía hacer lo que me apeteciera. En la cama que tenía a mi lado, James gruñó y se dio la vuelta. Me deslicé fuera de las sábanas con cuidado de no molestarlo, me puse un albornoz y salí al salón, cerrando la puerta suavemente tras de mí.

Suspiré de satisfacción, consciente de que aquella habitación era mía y sólo mía, y la examiné. Las paredes de un rosa oscuro, los sofás tapizados en color hueso, los muebles de madera de pino viejo y las lámparas con pantallas de cristal. Entonces encendí el ordenador y la televisión y rebobiné el contestador. En la cocina me detuve un instante, antes de llenar la tetera, para admirar el efecto que hacía el sol sobre los azulejos con motivos aztecas. Cuando volví al salón, abrí la puerta del balcón y salí.

Hacía un día maravilloso, caluroso para ser finales de septiembre. Las rosas que bordeaban el jardín común parecían hinchados repollos de color rojo y amarillo, y la hierba, cubierta de rocío, centelleaba como la seda húmeda. En el rincón más alejado, el árbol de mayor tamaño había empezado a perder sus hojas, pequeñas y casi blancas, que se veían repartidas por el césped como copos de nieve.

Me encantaba mi piso, pero el balcón me gustaba todavía más. Era pequeño, con el espacio justo para dos sillas negras de hierro forjado y una gran maceta en medio. Yo no sabía nada de jardinería, y me emocioné cuando vi que aquellas cositas verdes y retorcidas que me habían regalado la primavera anterior se habían convertido en geranios. Me gustaba sentarme fuera a primera hora de la mañana, con una taza de té, saboreando el aire salado de Liverpool; el río Mersey estaba a menos de un kilómetro. A veces, en las tardes cálidas, justo antes de irme a la cama, me sentaba y observaba cómo la luz del salón caía sobre la oscuridad del jardín, reviviendo el día.

La mayoría de las cortinas, paralelas a las mías en aquel bloque de apartamentos de tres pisos, seguían cerradas. Eché un vistazo a mi reloj: poco más de las siete. Por el rabillo del ojo pude observar algo de actividad en una cocina del primer piso. La anciana que vivía allí estaba abriendo una ventana. No giré la cabeza. Si me veía mirando, me saludaría y yo me vería obligada a hacer lo mismo. Y entonces, algún día acabaría invitándome a tomar café, lo cual no me gustaría nada. Menos mal que había conseguido un apartamento en una esquina del último piso. De esa forma, quedaba aislada de los demás vecinos.

El calentador de agua pitó y entré a preparar el té. En la televisión estaban dando un programa sobre política, así que la apagué y subí el volumen del contestador. Estuve a punto de volver a bajarlo cuando oí la voz de mi madre. Una sombra cayó sobre aquel día cuando recordé que era el último domingo del mes: mi familia me esperaba para comer.

«... Es la tercera vez que llamo, Millicent —decía mi madre con voz estridente—. ¿Es que nunca escuchas esa máquina que tienes? Llámame cuanto antes. Tengo malas noticias. Y, además, no sé por qué siempre tengo que recordarte lo de la cena...»

Gruñí. Por el tono de su voz, me imaginé que las malas noticias no serían tan malas como ella decía. Lo más probable era que a *Scotty* le hubiera dado otro ataque de frenesí sexual y los dueños de los demás perros se hubieran quejado, o que Declan, mi hermano, hubiera perdido su empleo por vigésima vez.

En el momento en que me dirigía al balcón para tomar allí el té, se abrió la puerta del dormitorio y salió James. Llevaba unos calzoncillos de color azul oscuro y su pelo, de color amarillo como la paja, estaba despeinado. Sonrió.

—¡Hola!

—Hola. —Clavé los ojos con envidia en su cuerpo bronceado y deseé poder coger un estupendo dorado como aquél si tomaba el sol.

—¿Llevas mucho tiempo despierta?

—Quince, veinte minutos. Hace un día maravilloso.

—El mejor día. —Me rodeó con sus brazos musculosos y me acarició la nuca con la nariz—. ¿Sabes qué día es hoy?

—¿Domingo?

—Cierto. Pero también es nuestro aniversario. Hoy hace un año que nos conocimos. —Me dio un suave beso en los labios—. Yo entré en un pub de la calle Castle y allí encontré a una preciosa rubia platino de largas piernas y con unos ojos verdes increíbles. ¿Quién era aquel tío con el que estabas? Yo lo conocía de algo... Así es como conseguí que nos presentara.

—Soy muy olvidadiza. —Me sentí incómoda. Recordar los aniversarios era un signo de..., bueno, de que aquella relación *significaba* algo, y nosotros siempre nos habíamos empecinado en afirmar que no era así.

—¡Rodney! —exclamó, triunfal—. Rod. Lo conocí en una reunión de los Jóvenes Conservadores.

Me escabullí de entre sus brazos y me acerqué al ordenador.

—No sabía que te interesaba la política.

—Y no me interesa, pero papá siempre dice que es bueno para el negocio. Ha hecho buenos contactos en el partido. ¿Queda más té?

—La tetera está llena. No te olvides de volver a poner la funda. Él se cuadró como un soldado.

—¡No, señora!

Cuando regresó, yo estaba sentada en mi escritorio. Se quedó detrás, de pie, y se apoyó sobre mis hombros.

—¿Es éste tu informe?

—Ajá. —Presioné el ratón y las palabras descendieron por la pantalla. Las leí con rapidez. A pesar de haber ido a la escuela nocturna y de haberme sacado el consiguiente graduado en lengua inglesa, me preocupaba que mi lamentable educación resultara evidente cuando redactaba textos largos. Esperaba no haber escrito mal ningún infinitivo ni haber puesto un apóstrofe donde no hacía falta.

—Has escrito mal «factible» —dijo James—. Es con «ct», no con «cc».

—Esa parte la hice cuando estaba cansada. Lo más probable es que ni siquiera estuviera pensando en lo que escribía.

Él había ido a una de las mejores escuelas privadas del país y había completado su educación en una buena universidad.

—¿Quieres que vayamos a comer a algún sitio especial para celebrarlo? ¿Qué te parece ese lugar nuevo en Formby?

—Lo siento, pero el deber me llama. Hoy voy a comer con mis padres. —Ojalá hubiera tenido una excusa más agradable.

—Claro, el último domingo de mes... —A continuación hizo algo que me irritó: se arrodilló y giró mi silla hasta que estuvimos cara a cara—. ¿Cuándo voy a conocer a tus padres?

—¿Y para qué quieres conocerlos? —pregunté, fría.

—Tú has conocido a los míos.

—Me invitaste, yo no te lo pedí. —No me gustaba ir a ver a su familia a aquella granja reformada, de cientos de años de antigüedad, con sus propias tierras, a cinco kilómetros de Southport. Me sentía fuera de lugar, incómoda ante el evidente contraste que había entre aquel lugar y la casa de mi familia, en una urbanización estatal en Kirkby. Su madre, que llevaba ropa cara y un peinado precioso, se mostraba siempre condescendiente. Su padre era amable, pero la mayor parte del tiempo me ignoraba. Era un hombre de negocios hasta la médula, y se pasaba la mayor parte del tiempo al teléfono o encerrado en su estudio apremiando a beber a otros hombres de negocios. Phillip Atherton era el dueño de tres concesionarios en Merseyside, en los que se vendían coches de gama alta a «idiotas con más dinero que sentido común», según palabras de mi propio padre. Atherton no solía vender coches que costaran

menos de veinte mil libras. James se ocupaba de manera oficiosa del concesionario de Southport, aunque su padre vigilaba de cerca los tres.

Se oyó el timbre del teléfono. James seguía de rodillas, rodeándose la cintura con los brazos. Tras sonar tres veces saltó el contestador, que seguía con el volumen alto. «Millicent. Espero que no hayas estado fuera toda la noche. ¿Por qué no devuelves las llamadas?»

A James se le iluminó la mirada.

—¡Millicent! Yo pensé que te llamabas Mildred.

—Mildred me parece todavía más odioso. —Me levanté rápidamente para coger el auricular. No quería que él siguiera escuchando aquella voz quejumbrosa con acento de Liverpool y vegetaciones; una de las razones por las que le pedí a mi madre que nunca me llamara a la oficina—. Hola, mamá.

—¡Por fin! —Parecía aliviada—. ¿Vas a obsequiarnos con tu presencia hoy?

—Claro.

—A veces temo que se te olvide.

Cerré los ojos.

—¡Ya me gustaría!

—No seas sarcástica, Millicent. Después de todo, sólo nos visitas una vez al mes. Nadie diría que sólo vives a unos pocos kilómetros, en Blundellsands. Sybil, la hija de la señora Mole, viene todas las semanas desde Manchester a ver a su madre.

—A lo mejor Sybil, la hija de la señora Mole, no tiene nada mejor que hacer.

—Pues deberías saber que tiene dos hijos y un marido. —Hubo una pausa—. Cariño, te has vuelto de lo más arisca.

—No digas tonterías, mamá. —Me esforcé para que mi voz sonara un poco más amable. Mamá le daba mucha importancia a las reuniones familiares, ahora que sólo quedaba Declan en casa—. ¿Cuál es la mala noticia? —pregunté.

—¿Cómo? Ah, casi se me olvida. Ha muerto tu tía Flo. A la pobre la atropelló un coche o algo parecido. Pero el caso, cariño —le temblaba la voz de la indignación—, es que ya estaba a dos metros

bajo tierra cuando a una mujer se le ocurrió llamar a tu abuela para decírselo.

—¿Qué le importaba a la abuela? No tenía ninguna relación con la tía Flo.

La tía Flo, en realidad, era una tía abuela y la oveja negra de la familia, aunque yo no tenía ni idea de por qué. La abuela nunca la mencionaba. Yo no había visto a Flo hasta el funeral de la tía Sally, diez años atrás. Era la más joven de las tres hermanas Clancy, por aquel entonces tenía unos sesenta años, no se había casado nunca, y a mí me pareció una anciana de lo más normal.

—La familia es la familia —dijo mi madre, sin que aquello significara realmente nada.

—¿Qué hizo la tía Flo que fuera tan horrible? —pregunté con curiosidad.

—Creo que hubo una pelea, pero no tengo ni idea de por qué. La abuela nunca quiso hablar de ello.

Estaba a punto de colgar cuando mamá preguntó:

—¿Has ido a misa?

Para evitar una discusión, le dije que iba a ir a la de las once. No tenía ninguna intención de hacerlo.

Colgué y miré a James. Sus ojos azules tenían una expresión extraña, intensa, y me di cuenta de que me había estado mirando durante toda la conversación con mi madre.

—Eres preciosa —dijo.

—Tú tampoco estás mal. —Intenté que sonara gracioso. Su expresión tenía algo que me inquietaba.

—Estaba pensando que el matrimonio no tiene nada de malo.

Una alarma se disparó en mi cabeza. ¿Era aquélla una estratagemma para proponerme que nos casáramos?

—Eso no es lo que has dicho siempre.

—He cambiado de idea.

—Bueno, pues yo no. —Se acercó, pero yo lo evité saliendo al balcón—. Ya lo he intentado antes, ¿recuerdas?

James estaba al borde de la ventana.

—No te quedaste con su apellido. ¿Tan horrible fue la cosa?

—No quería quedarme con su apellido porque ya no éramos pareja. Y con Gary la cosa no fue horrible, sólo increíblemente aburrida.

—Connmigo no sería aburrido.

Así que, efectivamente, se iba a declarar. Embuté las manos en los bolsillos del camión para ocultar mis nervios y me senté. ¿Por qué tenía que estropearlo todo? Habíamos dejado claro desde el principio que no había compromiso alguno. Me gustaba... No, más que eso, le tenía mucho cariño. Me gustaba estar con él, era tremendamente guapo, y tenía un aire rudo, natural. Nos llevábamos de fábula, siempre teníamos montones de cosas de las que hablar y en la cama nos compenetrábamos estupendamente. Pero no quería pasar el resto de mi vida ni con él ni con nadie. Me había esforzado mucho para llegar donde estaba y quería ir más lejos, sin tener que aguantar a un marido que cuestionase todas mis decisiones, que interfiriese en mi vida.

Me acordé de la sorpresa de Gary cuando le dije que me había sacado el graduado. Llevábamos dos años casados. «¿Para qué demonios lo quieres?» Recordé su cara, redonda y agradable, sus ojos abiertos y brillantes. Empezamos a salir juntos en la escuela y nos casamos a los dieciocho. Me di cuenta demasiado tarde de que había sido mi billete para huir de casa.

¿Que por qué quería un título? Quizá fuera para demostrarme a mí misma que no era tan estúpida como aseguraban mis profesores; por respeto a mí misma, para aprender a disfrutar de los libros que, brevemente, había podido conocer antes de que mi padre acabase con aquel hábito de manera brutal.

«Quiero conseguir un trabajo mejor», era lo que le había dicho a Gary. Me aburría mortalmente en la Peterssen's, envolviendo chocolatinas. «También me gustaría estudiar mecanografía, aprender a usar un ordenador.»

Gary se había reído. «¿Y de qué te servirá todo eso cuando tengamos hijos?»

Vivíamos en Kirkby con su madre viuda, no muy lejos de la casa de mis padres. Aunque nos habíamos inscrito para obtener una

vivienda de protección oficial, no era probable que nos la dieran hasta que no formásemos una familia; no un hijo, sino dos o tres. Yo me imaginaba mi futuro, arrastrándome de tienda en tienda con un bebé y varios niños más agarrados al carrito, con un trabajo a tiempo parcial en otra fábrica, pues nunca tendríamos suficiente para vivir con el salario de Gary como dependiente. Ésa era la razón por la que ni siquiera nos habíamos planteado conseguir nuestra propia casa.

Dos años después nos habíamos divorciado. Gary, estupefacto, quería saber qué había hecho mal. «Nada», le dije. No quería hacerle daño, pero no tenía la más mínima ambición, no le suponía ningún problema pasarse el resto de su vida en un trabajo sin futuro, sin saber de dónde vendría el siguiente penique.

Mi padre se disgustó, mi madre se horrorizó: ¡una católica, divorciada! Aun así, mi madre hizo todo lo posible para convencerme de que volviera a casa. Mi hermana pequeña, Trudy, había encontrado su propia vía de escape en la persona de Colin Daley, con quien también se había casado a los dieciocho, aunque él había resultado ser mejor apuesta que Gary. Diez años después, todavía seguían juntos y felices.

Ni aunque hubieran tirado de mí con un carro habrían conseguido que volviera a Kirkby con mi familia. Alquilé un estudio. Por aquel entonces ya tenía mi título, y hasta que compré mi piso, no hubo nada en esta vida que me proporcionara más satisfacción que aquel certificado que afirmaba que había sacado un notable. Con un diccionario bajo el brazo, me obligué a mí misma a leer los libros que me mandaban, pasé horas esforzándome para entenderlos en el dormitorio de la casa de mi suegra, mientras Gary veía el fútbol o algún concurso en la televisión del salón. En un tiempo que me pareció muy corto, empecé a encontrarle sentido a aquellas palabras, como si las hubiera conocido desde siempre, como si hubieran estado almacenadas en mi cabeza, esperando a que las utilizara. Nunca olvidaré el día que terminé *Orgullo y prejuicio*. Lo había entendido. Lo había disfrutado. Era como descubrir que podía cantar o tocar el piano.

En cuanto me instalé en el estudio, me apunté a cursos de mecanografía y de informática en la escuela nocturna, dejé el trabajo en Peterssen's, y mientras pasaba de un empleo de oficina sin futuro al siguiente, empecé a preguntarme si todo aquello había valido la pena. Hasta tres años atrás, cuando empecé como recepcionista y secretaria en Stock Masterton, una agencia inmobiliaria en el centro de la ciudad. Evidentemente, tuve que decirle a George Masterton que había trabajado en una fábrica hasta los veinticuatro años, pero aquello le impresionó. «Vaya, una mujer hecha a sí misma. Me gusta.»

George y yo nos llevamos bien desde el principio. Me ascendieron a «negociadora de propiedades». ¡A mí! En ese momento, George estaba sopesando la apertura de una sucursal en Woolton, una zona más o menos de clase media en Liverpool, y yo estaba decidida a que me designaran gerente, razón por la cual estaba escribiendo el informe. Había estado dando vueltas con el coche por Woolton, apuntando el número de las propiedades más relevantes, las calles de los semiadosados más importantes, las casas de campo antiguas y con terraza que podrían ponerse de moda y venderse por una barbaridad... Había apuntado la frecuencia con la que los autobuses iban a la ciudad, había hecho una lista de las escuelas, de los supermercados... Aquel informe le serviría a George para decidirse y le demostraría lo mucho que me importaba aquel puesto.

Encontré mi piso gracias a Stock Masterton. Los constructores habían quebrado y estaban vendiendo los pisos por una miseria, lo cual era injusto para las personas que ya vivían allí y que habían pagado miles de libras más. Pero el banco quería su dinero, y yo no estaba dispuesta a esperar.

«No me lo he montado tan mal para no haber cumplido todavía los treinta –me dije a mí misma en voz baja–. Tengo mi propia casa, un trabajo con futuro y un coche. Gano el doble que Gary.»

No, la verdad es que no me lo había montado mal.

Y, sin embargo, no era feliz.

Me apoyé en la barandilla de hierro y descansé la barbilla sobre los brazos. En lo más profundo de mí me sentía vacía, y me pre-

guntaba si algún día llegaría a ser feliz. Algunas veces me sentía como un patinador sobre una finísima capa de hielo: en algún momento se resquebrajaría y yo desaparecería para siempre en el agua helada y oscura que había debajo. Me estremecí. Hacía una mañana demasiado espléndida como para pensar en cosas tan deprimentes.

Me había olvidado de James. Apareció en el balcón, remetiéndose la camisa negra en los pantalones. Siempre tenía un aspecto impecable, cuidado, limpio; incluso cuando llevaba ropa informal. Miré a otro lado cuando se ajustó la hebilla del amplio cinturón de cuero.

Él frunció el ceño.

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Por qué?

—Te has estremecido. ¿Es que de repente ya no te gusto?

—¡No digas tonterías! —Me reí.

James se sentó en la otra silla. Yo alcé los pies, descalzos, los apoyé entre sus piernas y le hice cosquillas con los dedos.

—¡Vaya! —exclamó.

—No pongas esa cara. La gente se va a dar cuenta de lo que estoy haciendo.

—¿Quieres hacerlo en el piso, para que nadie lo vea?

—Dentro de un rato. Quiero darme una ducha.

Se relamió.

—Me ducharé contigo.

—¡Acabas de vestirme!

—Puedo desnudarme muy rápido. —Me miró con expresión curiosa—. ¿Significa esto que me perdonas?

—¿Por qué? —Yo evitaba ser concreta.

—Por proponerte matrimonio. Me había olvidado de que para las mujeres modernas como tú, una oferta de matrimonio es un insulto. —Me cogió los pies. Sentí lo grandes, cálidas y agradables que eran sus manos—. Como alternativa, ¿qué te parecería si me viniera a vivir contigo?

Intenté apartar los pies, pero él los sujetó con fuerza.

–El piso es muy pequeño –murmuré–. Sólo hay un dormitorio.
–Aunque hubiera dos, no tendría intención de dormir en el otro.
¡No! Para mí, mi intimidad era tan importante como mi independencia. No quería tener a alguien que me indicara que era la hora de irse a dormir o que me preguntase por qué llegaba tarde. O ¿me gustaba realmente que las paredes del salón estuvieran pintadas de un rosa tan oscuro? Deseé poder empezar el día de nuevo e impedir que se me declarara. Me gustaban las cosas tal y como estaban.

James dejó cuidadosamente mis pies en el suelo del balcón.

–Entre los dos podríamos conseguir un sitio más grande.

–Has cambiado las reglas –dije.

Él suspiró.

–Lo sé, pero no son las reglas lo que ha cambiado. Soy yo. Creo que estoy enamorado de ti, Millie Cameron. De hecho, sé que lo estoy. –Intentó que nuestras miradas se cruzaran–. ¿Debo entender que el sentimiento no es mutuo?

Me mordí el labio y negué con la cabeza. James se volvió y yo contemplé su perfil perfecto: nariz recta, boca grande, pestañas largas y claras. Su pelo se amontonaba en un favorecedor flequillo que le cubría la frente, ancha y bronceada. No parecía destrozado porque yo lo rechazara. Según decía su madre, que nunca se cansaba de repetirlo, a mí me había precedido una legión de mujeres. ¿De cuántas se habría enamorado? Pensándolo bien, tampoco lo conocía demasiado. Era cierto que hablábamos mucho, pero nunca de nada serio; las conversaciones rara vez tocaban otros temas que no fueran el cine, los conocidos comunes y la ropa. Ah, y el fútbol. Me parecía que era superficial y también algo débil. Siempre estaba ansioso por hacer lo que le pedía su padre, aunque tenía ya veintinueve años. Volví a sentirme indignada porque lo hubiera echado todo a perder: no quería dejarlo. Tampoco quería hacerle daño, pero no podía esperar que me enamorase de él simplemente porque había decidido que se había enamorado de mí.

–Quizá podríamos hablar de ello en otro momento, ¿no te parece? –pregunté. Dentro de un año, o dos, o diez.

Cerró los ojos durante un instante y se mostró aliviado.

–Tenía miedo de que fueras a dejarme.

–¡Ni en sueños! –Me levanté de un salto y entré corriendo. James me siguió. Me quité el camisón e hice una pose seductora antes de abrir la puerta y entrar al baño. Me metí en la ducha y abrí el agua. Estaba helada..., pero ya salía caliente cuando James corrió la cortina y se unió a mí.

2

–**H**ola, cariño. Tienes mala cara.

–Hola, mamá. –Di un beso al aire, a un par de centímetros de su gruesa y caída mejilla. Siempre que aparecía por Kirkby me aseguraba que tenía mala cara, o que parecía cansada, o a punto de coger algo malo.

–Dile hola a tu padre. Está en el jardín con sus tomates.

Mi padre (ni siquiera podía *pensar* en él como «papá») había sido siempre un animoso jardinero, aunque sin imaginación alguna. Cumpliendo con mi deber, abrí la puerta de la cocina y dije:

–Hola.

El invernadero estaba un poco más allá del cortado césped, y la puerta estaba abierta.

–Hola, cariño.

Mi padre estaba dentro, con un cigarrillo colgado del labio inferior. Su gesto, oscuro y sombrío, se iluminó cuando escuchó mi voz. Tiró el cigarrillo, se limpió las manos en los pantalones y entró.

–¿Cómo va el negocio de la inmobiliaria?

–Bien. –Conseguí que el odio no impregnara mi voz. Le había dicho a todo el mundo que yo era vendedora de propiedades. Últimamente aseguraba sentirse orgulloso de sus chicas–. ¿Dónde está Declan?

–Se ha ido al pub. –Mamá no podía mostrarse más agobiada, como si estuviera preparándole la cena a un rey. Sacó una cacerola del horno y la volvió a meter–. ¿Qué he hecho con las patatas? Ah,

claro, están en el horno de arriba. Declan prometió que volvería antes de la una.

—¿Va a estar el rancho listo a tiempo, cariño?

—Sí, Norman. Claro que sí. —Mamá se sobresaltó por la pregunta de su marido, aparentemente inocente, a pesar de que había dejado de pegarle hacía años—. Estará lista cuando vuelvan Declan y Trudy.

—Bien. Me fumaré otro pitillo mientras espero. —Desapareció en el salón.

—¿Por qué no te vas a hablar con tu padre mientras yo me ocupo de esto? —dijo mamá, mientras removía algo en una sartén.

¡Sí, claro! Ella siempre intentaba aparentar que éramos una familia perfectamente normal.

—Prefiero quedarme y hablar contigo.

Ella se ruborizó de placer.

—¿Qué has hecho últimamente?

Yo me encogí de hombros.

—No mucho. Anoche fui a una discoteca y el miércoles al teatro. Esta noche voy a cenar fuera.

—¿Con ese James?

—Sí —dije brevemente. Me arrepentía de haberles hablado de James. Una vez, cuando Declan dijo en broma que estaba pensando en cambiar su bicicleta por un Ferrari, yo le hablé de los concesionarios Atherton, donde podría encontrar varios. El domingo siguiente, mi padre se acercó hasta Southport para echar un vistazo, y yo tenía miedo de que algún día se presentase a James.

Mamá miraba con avidez la vieja cocina, que ya estaba allí cuando nos mudamos a la casa de protección oficial en 1969. Yo tenía tres años y Trudy no era más que un bebé; Declan y Alison todavía no habían llegado. Ahora, mamá ya no era simplemente corpulenta, sino que además no tenía formas definidas. La falda raída no tenía cintura a la que ajustarse, y estaba echada hacia abajo por delante y hacia arriba por detrás, de tal forma que dejaba ver las pantorrillas de unas piernas sorprendentemente bien formadas, aunque llenas de venas. Yo siempre pensé que habría sido mejor que engordasen junto con el resto del cuerpo. De aquella forma,

tenía el aspecto de un extraño insecto: un cuerpo enorme y redondo clavado sobre dos palos. Su rostro, angustiado y bondadoso, no tenía color alguno; su piel tenía la misma textura que la masilla. El pelo, que antaño había sido precioso, del mismo color ceniza que el de sus hijos, se lo cortaba ahora ella misma, sin importarle demasiado el resultado. No llevaba maquillaje, ni lo hacía desde varios años atrás, como si su objetivo fuera parecer lo menos atractiva posible, o quizá es que ya no le importaba en absoluto. Tenía cincuenta y cinco, pero parecía diez años más vieja.

Y sin embargo, ¡había sido tan bonita! Recordé la foto de la boda que había sobre la repisa del salón, en la que se veía una novia alta, esbelta y femenina; el vestido se ajustaba a su delgada y perfecta figura. Pero su gesto era melancólico, algo triste, como si se hubiera asomado al futuro y hubiera visto lo que le iba a deparar. Tenía el pelo largo y liso, que brillaba al sol del día de su boda, curvándose ligeramente hacia dentro en las puntas, como nos pasaba a Trudy y a mí. Declan y Alison tenían el pelo rizado. Ninguno de nosotros se parecía a nuestro padre, moreno y apuesto, con ojos color chocolate. Quizá fuera ésa la razón por la que no le gustábamos demasiado; cuatro hijos y ninguno parecido a él.

Se abrió la puerta trasera y apareció mi hermano.

—Hola, hermanita. Cuánto tiempo sin verte. —Me lanzó un amago de puñetazo al estómago y yo le devolví otro—. Bonito vestido. Los colores oscuros te sientan bien. —Palpó el tejido con los dedos—. ¿Qué verde es éste?

Declan siempre se había interesado por la ropa de sus hermanas, lo cual provocaba la ira de nuestro padre, que lo llamaba nenaza y había recurrido a la fuerza bruta para intentar hacer de él un hombre.

—Color aceituna, creo. Me salió increíblemente barato.

—«¡Increíblemente barato!» —repitió Declan, con sonrisa traviesa—. Últimamente hablas como una auténtica pija, Mill. Me daría vergüenza llevarte conmigo al pub.

Se escuchó un grito en el salón:

—¿Eres tú, Declan?

–Sí, papá.

–Llegas justo a tiempo –dijo aquella voz con cierta ironía.

Declan me guiñó un ojo. Tenía veinte años, era alto y desgarbado, con una cara dulce y una sonrisa contagiosa. Siempre estaba contento. Actualmente trabajaba como peón en una demolición, lo cual no parecía demasiado apropiado para alguien que tenía el aspecto de ser fácilmente derribable con el peso de una pluma. A menudo me preguntaba por qué seguía viviendo en casa, y siempre llegaba a la conclusión de que era por mamá. Gritó:

–*Scotty* conoció a una pájara despampanante. Me costó lo mío traerlo a casa. Me olvidé de llevarme la correa.

–¿Dónde está *Scotty*?

–En el jardín.

Salí a saludar a aquel perrillo negro que se parecía remotamente a un terrier escocés.

–Eres un pequeño salido. –Me reí, mientras su cuerpecillo tosco y duro saltaba arriba y abajo para saludarme.

Fuera se detuvo un coche, y unos segundos más tarde salieron disparados de él dos niños pequeños en dirección a la casa. Cogí a *Scotty* y lo sostuve como si fuera un escudo cuando Melanie y Jake se lanzaron a por mí.

–¡Dejad a vuestra tía Millie en paz! –gritó Trudy–. Os lo tengo dicho, no le gustan los niños. –Estaba radiante–. Hola hermanita. Te he pintado otra botella.

–Hola, Trude. Me encantaría tener otra botella. Hola, Colin.

Colin Daley era un tipo achaparrado y discreto, que trabajaba seis días a la semana hasta bien entrada la noche en su empresa personal de ingeniería. No le iba mal: ya habían vendido su primera casa y se habían comprado una más grande en Orrell Park. A mí me daba la impresión de que yo no le era muy simpática. Había llegado a llevarse bastante bien con Gary, y quizá pensara que no me ocupaba lo suficiente de mi familia, que le dejaba todo el trabajo a Trudy. Durante la semana, ella solía venir hasta Kirkby con los niños. Asintió con la cabeza en dirección a mí.

–Qué tal.

—¿Es verdad que no te gustan los niños? —inquirió Jake en tono muy serio. Tenía seis años, dos más que su hermana. Era un muchacho feliz, con los ojos azules de Colin. Los dos hijos de Trudy eran felices; ella se había asegurado de que lo fueran.

—Me gustáis vosotros dos —mentí. Para ser niños, no estaban tan mal, pero hablar con ellos me ponía de los nervios. Abracé a *Scotty*, que me lamía la oreja. Me hubiera gustado tener un perro, de no haber tenido que pasar tanto tiempo ocupada con el trabajo.

Jake me miró con gesto dubitativo.

—¿Lo dices en serio?

—Verdad de la buena.

Entramos todos. Mamá pegó un chillido.

—Vamos, pequeños diablillos, dadle un abrazo a la abuela.

Los niños se dejaron besar, y entonces gritaron:

—¿Dónde está el abuelo?

—En el salón.

Mamá observó con gesto melancólico cómo corrían hasta la habitación contigua entre gritos de júbilo. Dijo:

—Adoran a su abuelo.

—Lo sé.

Era extraño que los hijos de Trudy adorasen al hombre que en una ocasión había estado a punto de matar a su madre. Todavía tenía una cicatriz encima de la ceja izquierda, causada por la hebilla de su cinturón.

Cuando entré, Trudy estaba de pie en el salón, revoloteando alrededor de sus hijos, que estaban sentados sobre las rodillas de su abuelo. Me di cuenta de que sus ojos estaban clavados en aquellas grandes manos, cada una de las cuales descansaba sobre el regazo de uno de los niños. Nos miramos la una a la otra con complicidad.

Como de costumbre, la comida estaba asquerosa. Aquella pila de puré de patatas, col hervida y estofado me producía náuseas.

—No esperes que me coma esto, mamá —protesté—. Te dije que no me pusieras mucho.

—Por tu aspecto, se diría que te hace falta una comida decente. Aquí tienes una estupenda manzana para el postre.

—Es un pecado echar a perder la buena comida —dijo alegremente mi padre.

Crucé la mirada con Trudy, y Declan disimuló una sonrisilla. El último domingo de mes era un día para cruzar miradas y poner caras. Algunas frases traían recuerdos amargos: «Es un pecado echar a perder la buena comida» era una frase que antaño no se decía con tanta ligereza.

En apariencia, aquello era una reunión civilizada, ocasionalmente feliz; una familia reunida para comer en domingo, menos Alison, claro. Pero a mí me parecía que todo aquello estaba como cogido con pinzas; me sentía como si mirara a alguien que infla un globo hasta que está a punto de estallar. Quizá fuera sólo cosa mía. Quizá nadie recordaba lo mucho que Colin odiaba a su suegro, lo nerviosa que se ponía mamá, los almuerzos dominicales cuando éramos pequeños. Incluso en aquel momento, me aterraba pensar que se me cayera algo de comida en el mantel y que una mano queapestaba a nicotina me cruzara la cara con tanta fuerza que me brotaran lágrimas de los ojos a pesar de que había jurado, a una edad muy temprana, que no dejaría que volviera a verme llorar.

La conversación se centró en la tía Flo.

—Nos llevamos bien un tiempo, pero entonces me casé con tu padre —dijo mamá—. Fui a verla a su piso en Toxteth un par de veces, aunque tu abuela nunca se enteró. —Me miró—. De hecho, Millicent, ahí es donde entras tú.

—¿Y qué tiene que ver la tía Flo conmigo?

—Tu abuela quiere que alguien saque todas las cosas de su casa antes de que venza el alquiler, si no el casero podría tirarlo todo a la basura.

—¿Y por qué me lo dices a mí? —No se me ocurrían muchas cosas menos apetecibles que sacar de allí las pertenencias de una anciana a la que no había conocido—. ¿Por qué no lo haces tú, la abuela o Trudy? ¿Y qué pasa con esa señora de la que hablabas, la que llamó por teléfono?

Mamá parecía sentirse herida.

—No es mucho pedir, cariño. Yo no puedo hacerlo porque... —hizo una pausa, incómoda—, bueno, el caso es que a tu padre no le gusta demasiado la idea. La abuela está demasiado afectada, no se ha tomado muy bien la muerte de Flo. De todas formas, últimamente no sale nunca de casa.

—Y Trudy ya tiene demasiadas cosas que hacer —gruñó Colin.

—La mujer que llamó no es más que la señora que vive en el piso de arriba. No querrás que una desconocida se ponga a rebuscar entre las posesiones más preciadas de la tía Flo, ¿verdad?

—¿Qué posesiones preciadas? —Me di cuenta de que mi padre apretaba los puños. Me recordé a mí misma que ya no podía hacerme nada. Podía decir lo que me apeteciera—. No sé cómo se ganaba la vida, pero no creo que la tía Flo pudiera comprarse muchas cosas de valor.

—Trabajó en una lavandería hasta que se retiró. —Por un instante, mamá pareció quedarse perpleja. Pero prosiguió con energía—. Hay muchos papeles, cariño, cartas quizá, alguna que otra joya que tu abuela querrá. La ropa la puedes llevar a una organización caritativa, a Oxfam. Estoy segura de que encontrarás a alguien que quiera quedarse con los muebles y, si hay algo bonito, no me importaría quedármelo yo. Declan conoce a un chico que tiene una furgoneta.

Intenté encontrar alguna excusa para escabullirme. Mi madre me miraba con gesto suplicante, con su pálida cara algo mohína. Probablemente a ella le encantaría rebuscar en aquel piso, pero, por alguna razón, papá no se lo permitía. Aunque en el pasado nunca había necesitado una razón para prohibirle cosas: el simple hecho de que mamá quisiera hacer algo era suficiente. Quizá podría terminar en unas pocas horas si me hacía con unas cuantas cajas de cartón. Todavía me quedaba un último intento.

—Siempre he evitado ir a Toxteth. No hay más que drogas y crimen. Allí matan a la gente, se matan a tiros.

Mamá parecía preocupada.

—Bueno, en fin, si... —empezó a decir, pero mi padre la cortó.

—Tu tía Flo vivió allí cincuenta años y no le pasó nada.

Parecía que no tenía elección.

–Bueno, está bien –dije, no muy convencida–. ¿Cuándo vence el alquiler?

–No tengo ni idea. –Mamá parecía aliviada–. La señora que vive arriba debe saberlo. Se llama Smith, Charmian Smith.

–Que no se te olvide darme la dirección antes de que me vaya.

–Descuida, cariño. Luego llamaré a la abuela para decírselo. Se alegrará.

Cuando terminamos de comer y se lavaron los platos, Trudy me dio la botella que había pintado para mí. Era preciosa, una botella de vino vacía convertida en obra de arte. El vidrio estaba cubierto de hojas de color rosa y verde oscuro, de borde dorado.

–¡Es magnífica! –respiré, mientras la sostenía a la luz–. No sé dónde voy a ponerla. La otra la tengo en el dormitorio.

–Te haré otra. Me estoy quedando sin gente a la que regalárselas.

–Yo le dije que podría abrir un puesto en un mercadillo de artesanía –dijo Colin, orgulloso–. Si fuera los domingos, yo podría cuidar de los niños.

Agité la botella en señal de apoyo.

–Es una gran idea, Trude. En una tienda se pagarían diez libras por algo así.

–Millicent. –Mamá se acercó sigilosamente–. ¿Tienes mucho que hacer esta tarde?

Subí la guardia inmediatamente.

–Estoy escribiendo un informe.

–Bueno, es que me gustaría ir a ver a Alison.

–¿No puedes ir tú sola? –La única razón por la que había aprendido a conducir era para poder ir a visitar a Alison.

–Al coche le pasa algo. Tu padre me prometió que lo arreglaría, pero todavía no se ha puesto con ello.

Seguramente no había hecho nada a propósito. Prefería pensar que su hija menor no existía.

–Lo siento, mamá, pero, como te decía, tengo que escribir un informe.

–Nosotros te llevaremos. –Colin debía estar escuchando–. Hace un par de semanas que no vemos a Alison.

Mamá pareció agradecida.

–Es muy considerado por tu parte, Colin, pero allí Melanie y Jake no tienen nada que hacer. Se hartan en cinco minutos.

–Puedes dejar aquí a los niños, conmigo –se ofreció mi padre.

–No, gracias –contestó Trudy con bastante rapidez.

–Cuando lleguemos allí los llevaré a dar un paseo, y así tú y Trudy os podréis quedar con Alison –dijo Colin.

Durante aquella conversación, decidí subir al lavabo. El baño, como el resto de la casa, apestaba a pobreza; el linóleo tenía grietas y roturas, y las cortinas de plástico estaban descoloridas. Hasta bien entrada la adolescencia, no descubrí que no nos iba tan mal... o que no debería haber sido así. El sueldo de mi padre, que fabricaba herramientas, era bastante alto, pero nosotros no veíamos la mayor parte del dinero. Toda su vida había sido un jugador empedernido, además de contumaz perdedor.

Como de costumbre, yo no podía esperar a volver a mi casa. Me sentía culpable por negarme a ir a ver a Alison, me daba pena por mi madre, me sentía furiosa porque aquella pena me hiciera asistir a aquellas reuniones mensuales, y entonces volvía a sentirme culpable, pues sabía que, si pudiera, evitaría ir por todos los medios. Cuando en Stock Masterton empezaron a abrir los domingos, yo esperaba que aquello me proporcionase una buena excusa, pero George, que era un adicto al trabajo, insistió en ocuparse él mismo de la oficina con ayuda de un trabajador a tiempo parcial.

Después de despedirme, salí hacia el coche. Había varios chicos jugando al fútbol en la calle y alguien había escrito «Que te jodan» con un rotulador negro en un lateral de mi Polo amarillo. Estaba borrándolo con el pañuelo cuando Trudy salió con los niños. Los metió en la parte de atrás del viejo Sierra de la familia y se acercó.

–Gracias a Dios que no tenemos que repetir esto hasta dentro de un mes.

–¡Y que lo digas!

—No me puedo quitar de la cabeza esa puta actitud de abuelo entrañable. —Sin darse cuenta, se pasó la mano por la cicatriz que tenía sobre la ceja izquierda.

—Supongo que deberíamos estar agradecidas por las pequeñas cosas buenas.

Trudy me examinó con interés.

—¿Estás bien, hermanita? No tienes muy buena cara.

—Lo mismo me dijo mamá. Estoy bien; he estado trabajando mucho, eso es todo. —Miré el coche. Había conseguido borrarlo casi todo y lo que quedaba no se podía leer—. Mira, siento no poder ir a ver a Alison —dije apresuradamente—, pero, de verdad, tengo trabajo que hacer.

Trudy me cogió del brazo. Miró la casa en la que habíamos crecido.

—Siento que me gustaría irme y no tener que volver a ver nunca a ningún miembro de mi familia, pero estamos atrapados, ¿no crees? No sé si podría aguantar si no tuviera a Colin.

Cuando estaba arrancando el coche, me di cuenta de que habían tapado las ventanas y las puertas con tablones, pero unos niños habían echado abajo los de la puerta y estaban jugando en el pasillo. Había un coche oxidado y sin ruedas en el jardín. Mientras me alejaba de allí, me pareció que el sol se oscurecía, aunque no había ni una nube a la vista. Inesperadamente, sentí que me invadía una sensación de alienación. ¿Dónde está mi lugar?, me pregunté asustada. ¡No aquí, por favor, no aquí! Y sin embargo, había nacido en un bloque de edificios a menos de un kilómetro de donde estaba en aquel momento, donde la abuela vivía como una prisionera: Martha Colquitt apenas salía de casa desde que la atracaron cinco años atrás para quitarle el dinero de la pensión. Mi propio piso en Blundellsands era una farsa, más un escenario que un hogar de verdad, y yo era una impostora. No lograba entender qué era lo que James veía en mí, ni por qué George Masterton era mi amigo. Estaba actuando, aquello no era real.

¿Y qué pensaría James si conociera a mi desaliñada madre y a mi padre, que fumaba como un carretero? ¿Y qué pasaría si le hablara de mi traumática infancia? ¿Qué diría si supiera que tengo una hermana con serios problemas de aprendizaje, que había estado acogida en otro hogar desde los tres años, a salvo de mi padre? De repente me vino a la mente una imagen de mi padre abofeteando a Alison, golpeando su preciosa carita, primero hacia un lado y después hacia el otro, intentando que dejara de repetir la misma palabra una y otra vez. «Zapatillas», murmuraba Alison, con su monótona voz. «Zapatillas, zapatillas, zapatillas», decía todavía cuando estaba inquieta, a pesar de tener ya diecisiete años.

Incluso aunque estuviera enamorada de James, nunca podríamos casarnos, con todo aquel lastre familiar que yo arrastraba. De nuevo me recordé a mí misma que no quería casarme, que era incapaz de enamorarme de nadie. No pertenecía a nadie, ni a ningún lugar.

De todas formas, sentía la imperiosa necesidad de ver a James. Iba a venir a buscarme a las siete. Tenía ganas de hablar de tonterías, de comer bien, de beber vino. Me llevaría a casa y haríamos el amor, y me olvidaría de todo lo que tuviera que ver con mi familia hasta que llegase el momento de volver. A excepción, claro, de mis sueños, de los que nunca podría escapar.

3

Hasta el jueves no pude ir a Toxteth. James tenía entradas para un concierto de jazz en el Philharmonic Hall el lunes por la noche y yo lo había olvidado. El martes había prometido ir a cenar con Diana Riddick, una colega de la oficina con la que no me llevaba especialmente bien, aunque casi nadie lo hacía. Diana tenía treinta y cinco años, era soltera y vivía con su anciano padre, quien, según ella, era un «estorbo», especialmente ahora que su salud estaba empeorando. Era una mujer menuda y delgada, siempre descon-

tenta, excesivamente maquillada, con un título en gestión de tierras y propiedades y ganas de echarle el guante al puesto de gerente en Woolton. No se daba cuenta de que yo compartía aquella ambición y, cuando estaba a solas conmigo, hablaba del tema sin tapujos. Yo ya sospechaba que aquella noche me había invitado por algún motivo oculto y así resultó ser, pues lo que quería era sonsacarme cuáles eran los planes de George.

—¿Has hablado ya con él del tema? —me preguntó, mientras cenábamos comida italiana. Las mesas estaban cubiertas con manteles rojos y blancos de *vichy*, y en unas botellas verdes había velas chorreando cera.

—Prácticamente nada —le dije, y no mentía.

—Te apuesto lo que quieras a que le da el puesto a Oliver —dijo, torciendo el gesto.

Oliver Brett, un tipo trabajador y fiable, era el ayudante del gerente, y se quedaba de encargado cuando no estaba George, lo cual no sucedía muy a menudo.

—Lo dudo. Oliver es un buen tipo, pero ya ha demostrado en más de una ocasión que no puede ocupar un cargo de responsabilidad. —Le di un sorbo al vino. En noches como aquélla, Kirkby parecía estar a millones de kilómetros—. ¿Te acuerdas las Navidades pasadas, cuando llamó a George a las Seychelles para pedirle consejo?

—¡Hmmm! —Diana no parecía muy convencida—. Sí, pero es un hombre. El mundo es un lugar injusto, y eso favorece a los hombres. Me molestaría mucho que nombrasen a Zipi o a Zape.

—No me parece muy probable —dije riendo. Aparte de June, que había ocupado mi antiguo puesto de recepcionista, los únicos miembros permanentes del equipo eran dos chavales de veintitantos años, Darren y Elliot, sorprendentemente parecidos tanto en su aspecto como en su forma de ser, lo cual explicaba su apodo. Ambos eran demasiado inmaduros para un ascenso—. George nunca me ha parecido la clase de hombre que tiene prejuicios contra las mujeres —añadí.

—A lo mejor investigo un poco sobre Woolton, para ver cómo está la cosa. —Las gruesas cejas de Diana se fruncieron, y las arrugas

que había entre sus ojos se hicieron aún más profundas—. Escribiré algunas notas para George.

—Qué buena idea —murmuré. Yo no había añadido nada a mi informe desde la semana anterior.

El miércoles, cuando volví a la oficina de Castle Street, era ya tarde. Había llevado a una pareja, los Naughton, a ver una propiedad en Lydiate. Era la sexta casa que veían. Como de costumbre, la recorrieron varias veces, preguntándose si encajarían los muebles que ya tenían, preguntando si yo iba a medir las ventanas para comprobar si les valdrían sus cortinas... George insistía en que se devolvieran las llaves, sin importar lo tarde que fuera, y cuando las dejé en el gancho ya eran casi las ocho. George seguía trabajando en su despacho, separado por un cristal, y Oliver estaba a punto de irse a casa. Una sonrisa se dibujó en su bondadosa cara cuando dijo: «Buenas noches».

Yo me preguntaba si tendría tiempo de ir hasta Blundellsands, recoger las cajas de cartón que había comprado en el supermercado, volver a la ciudad y empezar a ordenar las cosas del piso de la tía Flo. No podía ir a trabajar con el coche lleno de cajas, pues tenía que llevar a los clientes a ver las casas.

Antes de haberme decidido, George salió de su cubículo.

—¡Millie! Por favor, dime que esta noche no tienes nada que hacer. Necesito una copa y compañía desesperadamente.

—No. No tengo nada que hacer, quiero decir. —Habría dicho lo mismo en cualquier caso. En aquel momento era esencial quedar bien con George.

Fuimos a un pub, el mismo en el que había conocido a James. George pidió un sándwich de rosbif y una botella de *chablis*. Yo no comí nada.

—Deberías meterte algo entre pecho y espalda. —Me dio unas palmaditas en la mano con gesto paternal—. Tienes mala cara.

—Eso me dice todo el mundo. Mañana me pondré colorete.

—Mejor píntate los labios. Mi anciana madre siempre se los pintaba para ir al centro.

Su madre había muerto un año antes, y él la echaba mucho de menos, al igual que a sus hijos, a quienes su ex mujer y su nuevo

marido se habían llevado a vivir a Francia. Estaba solo y odiaba estarlo, y trabajaba sin parar para olvidarse de ello. George Master-ton tenía cincuenta años, era alto y delgado hasta la exageración, a pesar de que comía como una lima. Vestía trajes caros que no quedaban muy bien sobre sus hombros estrechos y echados hacia delante. A pesar de todo esto, tenía un aire de lánguida elegancia, subrayado por su forma de ser, engañosamente lenta y relajada. Sólo aquellos que lo conocían bien sabían que detrás de aquel vago encanto, George era un hombre irascible e impredecible que sufría graves brotes depresivos y ataques de pánico.

—¿A qué viene esa desesperada necesidad de compañía? —pregunté con ligereza.

Siempre me sentía bastante violenta cuando estaba con George, como si algún día fuera a darse cuenta de que no era más que una impostora y no me volviera a dirigir la palabra.

—Oh, no sé. —Se encogió de hombros—. El lunes fue el cumpleaños de Annabel. Cumplió dieciséis. Estuve pensando en hacer un viajecillo hasta Francia en el Eurostar, pero me dije que Stock Masterton se vendría abajo sin mí. En realidad, tenía miedo de no ser bienvenido. Se supone que ella y Bill vendrán por Navidades, pero no me sorprendería si no fuera así.

Ahora me tocaba a mí darle palmaditas en la mano.

—Estoy segura de que a Annabel le encantaría verte. Y en cuanto a Navidades, todavía faltan meses. Intenta no preocuparte ya.

—La familia... ¡Vaya cosa! —exclamó con una risita—. Cuando la tienes, es un coñazo, y cuando no está es peor. Diana siempre llama a su pobre padre de todo menos guapo y, sin embargo, le aterra pensar que pueda morirse un día de éstos. Pobre hombre, por lo que dice, padece cáncer. En fin, ¿y cómo están los tuyos en Kirkby?

—Como siempre.

Le hablé del piso de la tía Flo, y él me dijo que llevase las cajas al día siguiente y las dejara en el armario de la papelería hasta que tuviera tiempo de acercarme. Me preguntó dónde estaba el piso.

–Toxteth, en William Square. No conozco la zona nada bien.

Llegó su sándwich. Entre bocado y bocado me explicó que William Square había sido muy bonito tiempo atrás.

–Son propiedades de cinco pisos, incluido un sótano donde solían trabajar las criadas. Unas casas espléndidas, majestuosas, con enormes columnas y balcones de metal forjado que parecen de encaje. Ventanas saledizas de por lo menos cuatro metros. Ahí solía vivir la nobleza a finales del siglo XIX y principios del XX, aunque empeoró mucho después de la guerra. –Hizo una pausa mientras se terminaba lo que le quedaba del sándwich–. ¿Seguro que estarás a salvo? ¿No dispararon a un tipo por esa zona hace unas semanas?

–Iré de día. El problema es encontrar tiempo. No paran de salirme cosas.

George sonrió.

–¡Como yo, que te pido compañía! Lo siento. Mira, mañana puedes tomarte la tarde libre. Prefiero que vayas a esas horas. No olvides llevarte el móvil; así podrás pedir auxilio si tienes problemas.

–¡Dios santo, George, ni que fuera a una zona en guerra!

–No es la primera vez que comparan Toxteth con una. Que yo sepa, está tan mal como lo estaba Bosnia en su día.

A las dos en punto de una soleada tarde, William Square todavía parecía un sitio precioso mientras yo llegaba allí con el coche. Encontré un sitio para aparcar un poco más allá de la casa a la que me dirigía, el número 1, y me quedé sentada en el coche varios minutos, contemplando los edificios grandes y espectaculares que había a los cuatro lados. Al mirarlos más de cerca, parecían cualquier cosa menos bonitos. La elaborada decoración de estuco de las fachadas se había caído, dejando huecos vacíos que parecían heridas. La mayoría de las puertas tenían la pintura pelada, a algunas casas les faltaba la aldaba, y como buzón no tenían más que un

agujero. Había ventanas rotas cubiertas con cartones. Según George, el gran jardín rectangular que había en mitad de la plaza lo mantenía ahora el ayuntamiento. Había varios árboles perennes, de hojas gruesas y gomosas, amontonados en una densa masa tras altas verjas negras. Todo aquello me parecía sombrío, y la plaza me deprimía.

Suspiré y salí del coche, cogí algunas cajas y arrastré los pies hasta el número 1. Dos niños pequeños, que jugaban al críquet en la calzada, me miraban con curiosidad.

La casa estaba destartada, pero parecía limpia. Alguien había barrido hacía poco los escalones que llevaban hasta la puerta principal. Había una hilera de timbres, cada uno de ellos con un nombre al lado, todos tan borrados que era imposible leerlos. Los ignoré y usé la aldaba. Charmian Smith vivía en el primer piso.

Pocos segundos más tarde, una escultural mujer negra abrió la puerta. No era mucho mayor que yo, y llevaba una camiseta de color verde lima y un pareo con dibujos de frutas tropicales. Le quedaba el vientre al descubierto, de manera que podía verse una piel tan suave como el satén. Tenía un bebé en brazos. A ambos lados se veía a dos niños, un chico y una chica, agarrados de su falda. Me miraban tímidamente y la niña empezó a chuparse el dedo con sonoridad.

—¿La señora Smith?

—Sí. —Me miraba con agresividad.

—Vengo a por la llave del piso de Flo Clancy.

Le cambió la cara.

—¡Pensaba que venías a vendernos algo! Debería habérmelo imaginado por las cajas. Y no sólo por eso, además es que eres clavada a Flo. Pasa, querida, iré a por la llave.

El majestuoso pasillo tenía por suelo un mosaico de baldosas blancas y negras, y se abría a una escalera amplia e impresionante, con una balaustrada de complejos grabados. El techo, con ornamentos, estaba al menos a cuatro metros y medio de altura. Pero no importaba cuál hubiera sido el exquisito efecto planeado por el arquitecto; los trozos de yeso caído de las dovelas y cornisas, las tela-

rañas y los escalones de madera desgastados lo echaban a perder. Faltaban varios trozos de balaustrada.

Me quedé en el pasillo mientras Charmian Smith entraba en la vivienda del primer piso con los niños todavía colgados de su falda. A través de la puerta abierta pude ver el interior, bien amueblado, con las paredes cubiertas de papel aterciopelado de color castaño. Todo estaba muy limpio, hasta la enorme ventana salediza, por lo que seguramente debería emplear varias horas para mantenerla así.

—Aquí tienes, chica.

—Gracias. —Cogí la llave y me pregunté si aquellos niños se pasaban todo el día agarrados a su madre—. ¿Qué piso es?

—El sótano. Llámame si necesitas cualquier cosa.

—Gracias.

Salí. El sótano estaba al final de una barandilla, que bajaba bordeando una escalera de altos escalones de cemento. Había una pequeña ventana por la que no entraba demasiada luz. Bajé trabajosamente, cargada de cajas, hasta llegar a un pequeño hueco lleno de viejas bolsas de patatas y otros restos. Para mi consternación, vi varios preservativos usados. Me pregunté por qué demonios me había dejado convencer.

En aquel pequeño recibidor había colgados un chubasquero de plástico y un paraguas, y la puerta interior, que tenía una herradura de cobre, se abrió cuando giré el pomo.

Lo primero que percibí al entrar fue el olor a rancia humedad y el frío, que me hizo estremecer. Aunque era pleno día, no se veía nada. Tanteé en busca de un interruptor; estaba justo al lado de la puerta y lo encendí. Se me cayó el alma a los pies. Aquello estaba lleno de muebles y todas las superficies estaban igualmente atestadas de adornos. Había dos aparadores, uno de ellos enorme y muy antiguo, de al menos dos metros de alto, con pequeños estantes en la parte de arriba. El otro era más moderno, aunque también bastante grande. Bajo la ventana había un baúl, cubierto con un chal rojo con flecos y un bonito mantel de encaje y, encima, un jarrón con flores de seda: amapolas. Las toqué. Era sorprendente lo bien que quedaban, como si las hubieran comprado para resaltar el color del chal. Yo siempre hacía esa clase de cosas.

Recorrí pausadamente la habitación, que tenía la misma longitud que la casa. A mitad de camino me encontré con dos imponentes vigas, que salían de la pared para sostener un dintel igualmente robusto, pintado todo de negro y cubierto con unas pequeñas placas de cobre. Dentro de la chimenea, de tejas verdes, habían encajado una caldera de gas, y a ambos lados había más armarios que llegaban hasta el techo. Abrí uno de ellos. Todos los estantes estaban repletos: manteles, loza, libros, ropa de cama, más adornos guardados en cajas...

—No puedo hacerlo yo sola —me dije en voz alta. No tenía ni idea de por dónde empezar; iba a necesitar cien cajas, y no diez.

Desde una ventana que había al fondo se veía un pequeño jardín perpendicular a la parte trasera del piso. En él había un banco de madera, una mesa y macetas llenas de pensamientos mustios. La pared estaba pintada casi del mismo rosa que mi salón; otra pista de que la tía Flo y yo teníamos un gusto parecido. La mujer que vivía arriba me había dicho que me parecía a Flo, y me pregunté si habría alguna fotografía de ella por allí.

Me di la vuelta, examiné la habitación y pensé que, a su manera, aquello tenía su encanto. Había pocas cosas que pegasen y, sin embargo, todo parecía formar un conjunto armonioso. Había un gran sofá marrón de felpa y una silla a juego, con los respaldos y los brazos cubiertos con paños de ganchillo. Era evidente que la tía Flo había pretendido no dejar ni un centímetro de espacio libre. Había varias fotografías y varias mesitas, todas ellas con cuencos con flores de seda. El suelo era de linóleo con cuadrados rojos y azules, y frente a la chimenea había una vieja alfombra hecha a mano. Había una televisión de enorme pantalla junto a un equipo de música moderno y en el plato, bajo la tapa de plástico, se veía un disco.

¡Si no hiciera tanto frío! Junto a la chimenea había una caja de cerillas. Encendí una, la arrojé por la rejilla y giré un pomo que había a un lado. Hubo una pequeña explosión y los chorros de gas rugieron brevemente antes de convertirse a una llama estable.

Extendí las manos para calentármelas y recordé que estaba buscando una foto de Flo. Después de un rato, me levanté y di otra vuelta por la habitación hasta que encontré unas cuantas sobre una mesita plegable medio abierta, contra la pared. Las fotos, una docena más o menos, estaban diseminadas alrededor de un jarrón de cristal con anémonas.

La primera era una instantánea a color de dos mujeres en lo que parecía una feria. Reconocí a Flo del funeral de la tía Sally. A pesar de su edad, era evidente que había sido guapa. Sonreía a la cámara con tranquilidad y dulzura. Su acompañante llevaba un abrigo de piel de leopardo y polainas negras, y el pelo de un color exageradamente rojo, poco natural. Le di la vuelta: «Bel y yo en Blackpool Lights, octubre, 1993».

Había una foto de la boda de la tía Sally, durante la guerra, que ya había visto en casa de la abuela. La novia, con su traje a rayas y su sombrero de fieltro, parecía un personaje de *Guys and Dolls*. Había otra foto de boda, con la pareja vestida con uniformes del Ejército. A pesar de lo poco favorecedor de la ropa, ella tenía un aspecto sorprendentemente encantador. Al dorso decía: «Boda de Bel y Bob. Diciembre de 1940». Flo y Bel debían haber sido amigas durante toda su vida.

Encontré dos fotos más de otras bodas de Bel: «Boda de Bel e Ivor, 1945», que parecía tomada en el extranjero, y «Boda de Bel y Edward, 1974», en la que se veía a una glamurosa Bel junto a un hombre de aspecto decrepito.

Por último, cogí una foto de Flo de joven, una instantánea descolorida en los bordes. Había sido tomada junto a un destartado edificio con el cartel «Lavandería de Fritz» colgado sobre la puerta. Se veía a un hombre de traje oscuro y gafas de montura metálica —¿Fritz?— rodeado de seis mujeres, todas ellas con delantal y turbante. Reconocí inmediatamente a Flo porque era idéntica a mí, excepto en su sonrisa, una sonrisa que yo no había tenido en mi vida. Aparentaba unos dieciocho años y parecía rebosante de felicidad; se le veía en los ojos, los hoyuelos de las mejillas y la preciosa curva que describía su encantadora y enorme boca.

Al dejar sobre la mesa aquella foto de marco plateado, se me escapó un suspiro. Había pasado medio siglo entre aquellas imágenes de mi tía, la de Blackpool y la de la lavandería de Fritz, y, sin embargo, no parecía que le hubiera pasado nada en aquel tiempo que le hubiera cambiado la cara.

Iba a dejar las fotos con la intención de ponerme manos a la obra con lo que había ido a hacer allí, cuando me fijé en un retrato de estudio en sepia en el que se veía a una mujer con un bebé. Su cara, triste aunque atractiva, tenía algo de familiar. No sabía nada de bebés, así que no podía imaginar qué edad tendría éste —era un niño vestido con ranita y cuello de marinero—, pero era adorable. Miré el dorso y leí: «Elsa Cameron con Norman (nieto de Martha), el día de su primer cumpleaños, mayo de 1939.»

¡El bebé era mi padre! Su madre había muerto mucho antes de nacer yo.

Dejé la foto de un golpe sobre la mesa, boca abajo. Estaba temblando otra vez. Iba a arrodillarme frente a la chimenea de nuevo cuando vi la botella de jerez en el aparador, en el más moderno de los dos. Necesitaba calmar mis nervios. En el armario de abajo, donde me puse a buscar un vaso, encontré otras cinco botellas de jerez, y varios vasos colgados de un soporte circular. Llené uno, me bebí el jerez, lo volví a llenar, me lo llevé al sillón y me hundí entre los cojines. ¿Cómo había podido convertirse en un monstruo un niño tan guapo al crecer?

El jerez me hizo efecto rápidamente y empecé a relajarme. El cojín del centro del sofá tenía una especie de hendidura en la que mi trasero encajaba perfectamente. Quizá fuera allí donde Flo solía sentarse. Fuera cruzaba un coche de vez en cuando y podía oír a los niños jugando en la plaza. La gente pasaba sin detenerse y se escuchaban los tacones en el pavimento. Sólo podía verles las piernas, de rodilla para abajo, a través de la pequeña ventana que había junto a la puerta.

Dejé el vaso vacío y me quedé dormida en un momento.

Cuando desperté eran casi las cinco y media. Sentía una palpitación entre los ojos que supuse era efecto del jerez, aunque no me resultaba especialmente desagradable. Habría dado cualquier cosa por una taza de té o café. Entonces me di cuenta de que aún no había visto ni la cocina ni el dormitorio.

Me puse de pie y me acerqué dando tumbos hasta la puerta del fondo, donde había un pequeño y oscuro pasillo con el suelo de baldosas y otras dos puertas, una a cada lado. La de la izquierda llevaba a una pequeña y sobria cocina con un hondo fregadero de porcelana, una cocina más vieja que la de mamá y un microondas digital, aunque no había nevera. En el armario de la pared, detrás de varios paquetes de galletas, había café y, para alivio mío, un frasco de café instantáneo. Eché una cucharada de cada con agua en una taza de flores y la metí en el microondas para que se calentara.

Mientras esperaba, volví al pasillo, abrí la otra puerta y encendí la luz. El blanco predominaba en el dormitorio: las cortinas, las paredes y la ropa de cama. Había un par de zapatillas rosas y peludas pulcramente colocadas la una junto a la otra, bajo la cama. De la pared colgaba un gran crucifijo y sobre la cómoda de seis cajones había una estatua de Nuestro Señor rodeada de otras más pequeñas. Las paredes estaban cubiertas de imágenes sagradas: Nuestro Señor de nuevo, el Niño Jesús, la Virgen María y un buen surtido de santos. Quitando todo eso, la decoración era escasa: aparte de la cómoda, sólo había un ropero a juego con un estrecho espejo de cuerpo entero, y un pequeño bastón junto a la mesita de noche, sobre la que había un viejo despertador, una lámpara de pantalla blanca y una novela de Mills & Boon con un marcapáginas bordado. Junto a la lámpara había un viejo sobre marrón. Lo cogí y me lo metí en el bolsillo de la chaqueta de lino. Quizá dentro estuviera la libreta de la pensión de Flo, que yo tendría que cancelar.

Me quedé un momento admirando el ropero y la cómoda. Parecían de roble oscuro y los habían pulido hasta dejarlos como el satén. «Quedarían estupendamente en mi piso», pensé. Yo había comprado los muebles de mi dormitorio por piezas y había tardado semanas en montarlos.

En la cocina sonó el microondas. Me senté en la cama, que parecía una nube de lo suave que estaba, y me puse a botar, pero me detuve en cuanto vi mi propio reflejo en el espejo. Vi a una mujer alta, esbelta y joven, que incluso parecía más joven de lo que era, vestida de rosa y blanco, de piernas largas y delgadas y un pelo que brillaba como la plata a la luz del dormitorio de la tía Flo. Su boca, amplia y generosa, sonreía ligeramente, pues había estado dando botes en la cama como una niña pequeña. En el colegio, muchos la habían considerado engreída debido a su nariz, recta y ligeramente patricia. Y, en cierta ocasión, la madre de James había dicho: «Millie, tienes una estructura ósea fantástica. Algunas mujeres pagarían una fortuna a un cirujano estético para conseguir tus mejillas».

Aquella joven había olvidado ponerse colorete y, efectivamente, tenía mala cara, como le venía diciendo todo el mundo, pero lo que más me sorprendió fue la falta de vida en aquellos ojos verdes.

Cogí el café y un paquete de galletas y me los llevé al salón, encendí la televisión y me puse a ver la serie *Neighbours*, y después una vieja película de vaqueros en la BBC2.

Cuando la película estaba terminando, pude ver por la ventana la majestuosa figura de Charmian Smith, que bajaba por las escaleras de cemento. Aparté las cajas de una patada y abrí la puerta. Me sentí algo incómoda cuando me dedicó una cálida sonrisa, como si fuéramos amigas de toda la vida.

—Me había olvidado de ti, pero Minola, que es mi hija, vino a por sus críos y me dijo que había una luz en el piso de Flo. Mi marido acaba de llegar a casa, y nos preguntábamos si te apetecería comer algo con nosotros.

Entró en la habitación sin esperar a que la invitara, como si tuviera por costumbre hacerlo.

—¿En qué trabaja su hija? —Me impresionó saber que Charmian era la abuela de los niños con los que la había visto antes.

—Está aprendiendo a usar el ordenador. Cuando Jay, que es mi hijo, empezó a ir a la universidad el año pasado, ella decidió que ya iba siendo hora de usar el cerebro para algo. —A Charmian le brillaban los ojos marrones—. Le dije que se arrepentiría de casarse a los

dieciséis. Le dije: «En la vida hay más cosas aparte de un marido y una familia, cariño»; pero los hijos nunca escuchan, ¿verdad? Yo tampoco le hice caso a mi madre cuando me casé a esa misma edad.

—Supongo que no.

—¿Estás casada? Vaya, ni siquiera sé cómo te llamas.

—Millie Cameron, y no, no estoy casada.

Quería que se fuera para poder ponerme manos a la obra. De repente me pareció importantísimo llevar a Oxfam al día siguiente al menos media docena de cajas llenas de cosas. Para desesperación mía, ella se hundió cómodamente en el sillón, mientras sus pendientes de abalorios se balanceaban junto a su brillante cuello.

—No sabía que a Flo le quedase ningún pariente después de la muerte de su hermana Sally —dijo—, aparte de la hija de Sally, que se fue a vivir a Australia. Hasta que Bel me dio un teléfono para que llamase después del funeral no supe que había otra hermana.

Bel, la mujer de las fotografías.

—¿Después del funeral?

—Eso es. Martha Colquitt. ¿Es tu abuela? —Asentí—. Me dio mucha pena cuando la pobre mujer se echó a llorar, pero Bel dijo que así era como lo había querido Flo. —Charmian echó un melancólico vistazo a la habitación—. No me acostumbro a que no esté aquí. El año pasado, cuando tuvo que quedarse recluida por esos dolores de cabeza tan fuertes, yo pasaba por aquí varias veces al día.

—Fue muy amable por su parte —dije formalmente.

—Dios santo, niña, no tenía nada que ver con la amabilidad. Era simplemente lo que se merecía. Flo me apoyó siempre que la necesité. Me consiguió un trabajo en la lavandería cuando mis niños eran pequeños. Me cambió la vida. —Se echó hacia atrás, apoyándose sobre el paño de ganchillo y, por un instante, me pareció que se iba a poner a llorar. Entonces volvió a mirar la habitación—. Es como un museo, ¿no te parece? Es una pena que haya que sacarlo todo. La gente siempre le traía algo cuando volvía de sus vacaciones. —Señaló las placas de cobre en las vigas—. Le trajimos la llave y el perrito de Clacton. Pero lo que más le gustaba a Flo era esto..., y a mí también.

Se levantó tranquilamente del sillón y encendió la lámpara que había sobre la televisión.

Yo ya me había fijado en aquella lámpara de pergamino recordado y base de madera, y me parecía de muy mal gusto. Me recordaba una felicitación navideña barata: una fila de niños sonrientes vestidos como lo habrían hecho de haber vivido en aquella misma plaza cien años antes, con gorros y manguitos de piel y botines.

—Voy a apagar la luz principal, para que veas el efecto que hace cuando se calienta del todo la bombilla —dijo Charmian.

Para mi sorpresa, la pantalla empezó a girar. No me había fijado en que detrás de ésta había otra que daba vueltas en sentido contrario. Los niños pasaron ante una tienda de juguetes, una de caramelos, una iglesia y un árbol de Navidad decorado con luces de colores. Las sombras revoloteaban por el techo bajo y alargado de aquella habitación. Unas figuras borrosas, casi de tamaño natural, pasaban por encima de mi cabeza.

—Tom la trajo de Austria, nada menos.

Casi me había quedado hipnotizada por aquella lámpara en movimiento.

—¿Tom?

—El amigo de Flo. Le encantaba sentarse a mirar la lámpara y escuchar su disco. Estaba encendida cuando bajé el día que la encontraron muerta en el parque. ¿Sabías que la atropellaron?

—Mi madre me lo dijo.

—Nunca supieron quién había sido. ¡Dios Santo! —Esta vez, Charmian sí que se puso a llorar—. Cuánto la echo de menos. Me aterra pensar que murió sola.

—Lo siento mucho.

Sin saber muy bien qué hacer, me acerqué y le toqué el brazo. No tenía ni la más mínima idea de cómo se supone que hay que consolar a un desconocido. Quizá otra persona, alguien a quien no le faltara vida en los ojos, habría abrazado a aquella mujer llorosa, pero yo era tan incapaz de hacer algo así como de desplegar un par de alas y echarme a volar.

Charmian se sorbió la nariz y se frotó los ojos.

—En fin, es mejor que me vaya. Herbie está esperando el té. Lo que me recuerda... ¿Quieres unirme a nosotros, cariño?

—Muchas gracias, pero será mejor que no. Tengo mucho trabajo que hacer.

Señalé la habitación, que seguía exactamente igual que cuando había entrado seis horas antes.

Charmian me apretó la mano.

—Quizá la próxima vez, ¿eh? Te va a llevar semanas organizar todo esto. Te ayudaría, pero no podría soportar ver cómo meten las cosas de Flo en cajas y se las llevan de aquí.

La observé mientras subía por las escaleras. Había querido preguntarle cuándo vencía el alquiler, para poder pagar unas semanas más si fuera necesario. No me había dado cuenta de que ya había atardecido y cada vez estaba más oscuro. Las farolas estaban encendidas y era el momento de echar las cortinas. Entonces me di cuenta de que había alguien fuera, inmóvil. Pegué la cara al cristal y miré hacia arriba. Era una chica de unos dieciséis años, con un corto vestido rojo que apenas le tapaba el trasero y hacía destacar las curvas de su liviano cuerpo. Había algo en su postura, apoyada sobre la barandilla con un pie delante del otro, la forma en que sostenía el cigarrillo, sujetando el codo derecho con la mano izquierda, que me hizo adivinar inmediatamente a qué se dedicaba. Miré al otro lado y vi a otras dos chicas junto a la casa de enfrente.

«¡Dios mío!», me asusté. Quizá debería decirle a alguien dónde estaba, a James o a mi madre, pero no recordaba haber visto ningún teléfono en el piso y, a pesar de lo que había dicho George, me había dejado el móvil en la oficina. Después de tomarme otro café me marcharía a casa y volvería el domingo para empezar a empaquetar las cosas.

La cocina era como un frigorífico. No era de extrañar que Flo no tuviera uno; no lo necesitaba. Volví al sofá, temblando, agarrando con ambas manos una taza de café. Era curioso, pero ahora que sabía que aquella chica estaba fuera, el salón me parecía toda-

vía más cálido y acogedor. Ya no estaba asustada, sino que me sentía segura y a salvo, como si no me pudiera pasar nada malo dentro de las cuatro paredes de la tía Flo.

Noté algo duro al sentarme y me acordé del sobre que había encontrado en el dormitorio. Dentro no había una libreta de la pensión, sino varios recortes de periódico, amarillentos y rígidos por el tiempo, unidos con un clip. La mayoría eran de el *Liverpool Daily Post* y el *Echo*. Busqué la fecha en la parte superior de uno de ellos –viernes, 2 de junio de 1939–, y después ojeé lo que había escrito más abajo.

EL *THETIS* ATRAPADO BAJO EL AGUA era el titular, seguido de dos subtítulos. *El submarino no consigue salir a la superficie en la bahía de Liverpool. El almirantazgo asegura a los familiares que se rescatará a todos los tripulantes.*

Pasé al siguiente recorte, con fecha del día siguiente. *Se reducen las esperanzas para los tripulantes atrapados en el Thetis. Los desolados familiares esperan a las puertas de las oficinas de Cammell Laird en Birkenhead.* Las noticias eran peores en el *Echo* de aquella tarde: *Casi no hay esperanza para los noventa y nueve tripulantes del Thetis.* Y el domingo: *Perdida toda esperanza...*

¿Por qué los había guardado Flo?

Sobre la televisión, la lámpara daba vueltas y los niños hacían sus compras de Navidad. Me di cuenta de que estaba esperando a que apareciera una niña con abrigo rojo y birrete de piel. Estaba saludando a alguien a quien no se veía nunca.

Flo se había sentado en aquel mismo sitio cientos, no, miles de veces, mirando a aquella niña de rojo y escuchando su disco. Me picó la curiosidad, me acerqué al tocadiscos y examiné su funcionamiento. Apreté el *play* y, bajo la tapa de plástico, la aguja se levantó y se aproximó al vinilo.

Escuché un crepitar y, después, los acordes de una canción que me sonaba remotamente inundaron la habitación, que hasta entonces había estado en silencio, a excepción del sisear del fuego. Tras un rato se oyó la voz de un hombre, también ligeramente familiar. Lo había visto hacía poco en una película en televisión... Bing

Crosby. «*Dancing in the Dark*»*, cantaba una voz que sonaba como chocolate derretido.

¿Qué había hecho Flo Clancy para convertirse en la oveja negra de la familia? ¿Por qué se negaba la abuela a pronunciar su nombre? Bel, la vieja amiga de Flo, le había pedido a Charmian Smith que llamase a la abuela después del funeral, porque «así era como lo había querido Flo». ¿Qué había pasado entre las hermanas para que se detestaran tanto? ¿Y por qué había guardado Flo recortes de prensa del hundimiento de un submarino junto a la cama?

Lo más seguro era que nunca llegara a saber la verdad sobre la tía Flo, pero ¿qué importaba? Mientras la lámpara giraba lentamente, aquellas oscuras sombras se deslizaban por el techo de la habitación y la música se acercaba a su clímax, llenando cada resquicio de la habitación, emití un largo y profundo suspiro y me dejé arrastrar por el encanto de todo aquello. Había pasado algo bastante inesperado, algo maravilloso. Nunca antes me había sentido tan en paz conmigo misma.

* *Bailando en la oscuridad*, canción que da título a este libro.